

De Edwards Bello a Garfias

Un día apareció en la Redacción un hombre que por consejo de no sé quién traía a la venta una colección de ocho cartas autógrafas de Joaquín Edwards Bello. Las cartas estaban dirigidas a Domingo Arturo Garfias, brillante periodista y compañero de labores durante largo tiempo de Edwards Bello en su calidad de jefe de Redacción del diario "La Nación", donde el autor de "El Roto" había sido pieza insustituible. El vendedor de las cartas de Edwards Bello, que en realidad eran propiedad de Domingo Arturo Garfias como destinatario de las mismas, dijo ser dueño de un restaurante. Confesó haber recibido en prenda esos papeles



Luis
Sánchez
Latorre

de parte de un parroquiano cuya identidad le resultaba desconocida. En buenas cuentas, alguien había tomado de los archivos de Garfias, fallecido en 1955, tales documentos. Más tarde, para saldar unas deudas de cocina y bodega, ese alguien u otro alguien apeló al recurso de con vencer al propietario del restaurante de la importancia fiduciaria de las epístolas. La posibilidad del negocio persuadió al comerciante del refectorio. Junto con declarar su absoluta impotencia frente al tema del periodismo, la crítica y la literatura, el hombre de las cartas expuso su frialdad ante cualquier consideración que no fuera el argumento tan despreciado por fuera y tan acariciado por dentro de ver a la especie humana revolcándose en el goce de sus riquezas. En otras palabras, expresó de hecho su paladina alianza con el Becerro de Oro.

Vendía, por de pronto, las cartas en una suma estratosférica. Le insinué la idea de practicar algún trato que salvara por lo menos su nombre de la pedregosidad extrema del carrascal. Al hombre no lo estremecían las vanidades terrenas que agitan los afanes filantrópicos del temperamento romántico; no lo perturbaba para nada el propósito de convertir en flores, coros y homenajes el contenido de la caja chica. Con las cartas puestas en la punta de la poruña, rehusó, por último, la proposición de figurar en las agradecidas páginas bibliográficas de algún nuevo Sergio Fernández Larrain.

Su arrogancia en punto a negocios no tenía nombre.

No volví a ver a ese vendedor ni volví a saber de las cartas de Edwards Bello. En la exposición acerca de la vida y la obra de Joaquín Edwards Bello, presentada por Roque Esteban Scarpa hacia mediados de la década de los 70 en la Biblioteca Nacional, se exhibieron notables manuscritos del célebre periodista y escritor. Con su caligrafía de letra grande y redonda, los textos originales de Edwards Bello no ofrecían lugar a confusiones. En 1950, admirador de Edwards Bello, como muchos de mi generación, escribí un artículo para encomiar la franqueza y la sencillez de sus agudas observaciones de carácter social. Sin tardanza me hizo llegar una misiva en la que apreciaba en mí ciertos dones de amor a la justicia bastante raros en el funcionamiento del gremio. De más está decir que guardo la carta de Edwards Bello como una reliquia histórica. Por ninguna causa la dejaría en prenda en la barra de un bar.

A Domingo Arturo Garfias, por obvias razones de familia, lo conocí de cerca. Los achaques de una diabetes temprana y rebelde replegaron prematuramente los pasos de su admirable trayectoria. Antonio R. Romera, que operaba en la reflexión crítica como una centella, me decía que Domingo Arturo Garfias era uno de los dos o tres hombres de inteligencia más acerada y fina que había conocido en Chile. Una tarde, tomando el té con Domingo Arturo Garfias en la terraza de su chalet de la calle Bustos, en relación con las historias de Perón y el peronismo, me contó que la explicación del fenómeno de masas argentino se le había presentado de la siguiente manera. En la mesa de un café de Buenos Aires había captado en los años 40 que unos hombres de apariencia modesta se paseaban por la calle, repetidamente. El muchacho que atendía a su mesa le entregó la clave de la extraña situación. Los hombres que se paseaban por delante del café lo hacían a la espera de que a él lo despidieran de un momento a otro. Ello podía ocurrir en cualquier instante. Desposeído el país de verdaderas leyes de protección laboral, la suerte de trabajadores de su categoría estaba consagrada por el arbitrio del patrón. De ahí, muy luego, el éxito masivo del programa justicialista.